

de bubas; preparado con miel de abejas y aplicado caliente, alivia los dolores fríos.<sup>13</sup>

El padre Ramón Bueno nos relata cómo, en el siglo XVII, en Venezuela, los indígenas usaban el tabaco para librarse de las garrapatas:

“La garrapata es a la similitud de la chivacoa, tan chiquita y abundante. Existe también en las ramas más bajas, y sin pensar se cuaja uno de ellas. Estas dan más comezón y ronchas que aquéllas, y son más difíciles de despegar, y para conseguirlo es menester mudar ropas y bañarse uno, fletando el cuerpo con tabaco masticado, y aun consiguiendolo el deseado fin queda uno con aquel desespere y comezón, pero se quita breve”.<sup>14</sup>

El padre Ruiz Blanco describe cómo se extrae de la piel humana el gusano de monte con el tabaco:

“Los gusanos de monte se engendran en el cuerpo, entre el cutis y la carne, de la picadura de un mosquito; causan grande escosor, y si se descuidan en sacarlos, crecen mucho. El remedio para quitarlos es untar con tabaco de polvo la parte donde tiene la boca y apretar la contraria con el dedo, y así salen con facilidad. Dejan en la carne una llaga cóncava, mas luego se sana sin más remedio”.<sup>15</sup>

## EL REINO PACIFICO Y EL NUEVO ORDEN MUNDIAL\*

Por KENNETH MCNAUGHT\*\*

Sola entre las repúblicas americanas, Canadá siempre ha sido una monarquía —bajo Luis XIV, Jorge II o la Reina Isabel II—. Al igual que la mayoría de las monarquías constitucionales, ésta es fundamentalmente conservadora; un país donde la continuidad y la legitimidad se entrelazan. Sin un origen revolucionario Canadá jamás se ha preocupado por declarar su independencia. La independencia simplemente se desarrolló a medida que el gobierno canadiense tomaba posesión de una función tras otra desde Londres. Se ha conservado, hasta la presente década, un ambiente algo más europeo que el que es evidente en la identidad conciente de los Estados Unidos.

El pragmatismo o, para usar un término favorito canadiense, funcionalismo, es un distintivo en la mentalidad canadiense; todos los niveles de gobierno y socie-

13. COBO, BERNABÉ: *Ob. cit.*, pp. 184-185.

14. RUIZ BLANCO, MATÍAS y RAMÓN BUENO: *Ob. cit.*, p. 121.

15. *Idem.* p. 31.

\* Traducción del Lic. Pedro Luis Avila, adscrito al Departamento de Investigaciones Históricas de la Academia Nacional de la Historia.

\*\* Historiador canadiense.

dad comparten una convicción común, no republicana que requiere auténtica libertad, como condición sine qua non; conservación del orden. Esta creencia ha significado, invariablemente, la inmediata supresión de los medios de violencia colectiva, sea política o económica.

En asuntos internacionales este resguardo de orden y estabilidad se transforma en una aproximación no ideológica hacia la diplomacia; constante soporte de la existencia o de producir orden y así también de esfuerzos para resistir o contener brotes de desorden. No es novedad que Canadá siempre se haya abocado a un cuerpo de seguridad permanente de las Naciones Unidas, ni que sea el único estado que ha participado en toda operación de paz de las Naciones Unidas. Hoy, el mayor contingente en la presencia de las Naciones Unidas en Yugoslavia es canadiense.

El pragmatismo y la devoción para ordenar marcó el papel de Canadá como miembro fundador de la OTAN. Un realismo similar la condujo dentro de una trama compleja de acuerdos bilaterales con los Estados Unidos; el principal de estos acuerdos es el de defensa Aeroespacial Norteamericana (NORA), el cual coloca a la fuerza aérea canadiense bajo comando americano para propósitos de defensa continental.

A pesar de esta aparente orientación americana, Canadá, por muchos años, rechazó la constante invitación de afiliarse a la Unión Panamericana y más tarde a la Organización de Estados Americanos. Sin haber experimentado violento rompimiento revolucionario con Europa, aún abrigando su independencia y renuente a parecerse abiertamente a la subordinada de los Estados Unidos, Canadá optó por una mínima sumisión en las Américas. Mas, en 1989 el gobierno conservador de Brian Mulroney introdujo a Canadá en la OEA.

Para los críticos de Mulroney este dramático cambio levantó categóricamente algunas profundas interrogantes. Estas interrogantes no se referían al orden internacional *per se* sino a la relación de la política canadiense con lo que se ha llamado el Nuevo Orden Mundial del Presidente Bush; las interrogantes concernientes a la justicia socio-económica en las relaciones Norte-Sur y la subordinación de los pequeños estados al dominante poder económico. ¿Hasta dónde los pequeños estados *deben* armonizar sus políticas con las de sus más poderosos vecinos regionales?

Antes de jugar a la novia renuente de las Américas en 1989 Canadá había hecho, por supuesto, mucho por desanimar a aquellos de sus ciudadanos que ruidosamente hacen frente al continentalismo. Como miembro neutral de la Comisión de Control Internacional en Vietnam ella sirvió como recaudadora de inteligencia para las fuerzas americanas de invasión; fue la más renuente en criticar el bloqueo económico americano a Nicaragua o el apoyo de los Estados Unidos a los contras. Para 1984 y 1987 restauró la ayuda a los gobiernos derechistas de Guatemala y El Salvador. Al mismo tiempo de unirse a la OEA, públicamente condenó la intervención militar del Presidente Bush en Panamá y estuvo presto para enviar apoyo aéreo y naval a la guerra del Sr. Bush en el Golfo Pérsico.

Ahora bien, los pacificadores, como otros guardianes, tienden a ser defensores del Status quo. Además, desde 1945, el principal delineador del Status quo mundial

también ha sido el vecino leviatán de Canadá. En la esfera militar éste ha impuesto no sólo el engranaje de la defensa aérea, sino también la integración completa de la producción de defensa norteamericana y el despliegue del espacio aéreo canadiense y de aguas oceánicas para ensayar las armas extensivas americanas. Pese a esta cooperación militar, los Estados Unidos tienen aún que reconocer la soberanía canadiense a través del archipiélago ártico.

La Guerra Fría, considerada, por muchos de este vasallaje militar y diplomático, una docilidad, fue defendida como la única forma de prevenir la guerra nuclear y el colapso total del orden mundial. Como la Guerra Fría empezó a deshacerse y además, ante el imperio soviético desintegrado, Canadá empezó a poner mayor énfasis sobre las bases económicas del orden mundial. Y aquí, también, los Estados Unidos habían establecido la agenda desde 1945.

Canadá ha soportado consecuentemente las políticas de préstamos e instrucciones del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. De una manera general, estas políticas están realizando lo que el Secretario de Estado americano John Hay apodó, a principios de este siglo, la Puerta Abierta. Esencialmente la Puerta Abierta significaba dismantelar los impedimentos nacionales para inversión, comercio y acceso a materias brutas donde quiera, excepto en los Estados Unidos. Para Woodrow Wilson, Franklin Roosevelt y cualquier otro presidente americano desde 1900 la Puerta Abierta ha sido de casi autoridad bíblica. Se ha visto como la piedra angular de un mercado mundial integrado. Y, como en todos los mercados libres, el representante dominante impone el orden. Así, las exigencias de préstamos del F.M.I. restringen severamente las políticas económicas de los países en vías de desarrollo. Ellos tienen, de hecho, despoblación rural estimulada, barbarie ambiental, congestión urbana y constante flujo creciente de capital desde el sur hacia el norte. Mientras Canadá ata menos cuerda a sus propios convenios de ayuda bilateral, no ha debatido seriamente a los Estados Unidos —F.M.I. en su papel de guardián económico en el nuevo Orden Mundial—; a pesar de los odiosos defectos morales en ese orden.

En la década pasada o así, el directorio del orden económico mundial se ha convertido en un triunvirato. Los Estados Unidos han sido forzados a compartir la estructura política con las crecientemente poderosas regiones económicas de Japón y la Comunidad Europea. Por otra parte, las desarmonías dentro del presente convenio de poder económico han conducido a nefastas interrogantes acerca de la manera y condiciones del Nuevo Orden Mundial del Sr. Bush. El acuerdo tripartito sobre el F.M.I. ordenó relaciones explotadoras entre el Norte y la máscara sur, hasta cierto punto, la estrecha integración de cada uno de los tres mayores bloques económicos.

Para los historiadores de este hemisferio, los cambios más recientes bien podrían evocar la imagen del senador Henry Clay, de Kentucky, cuyo sueño de un "Sistema Americano" abarcaba mucho más que sólo la protección arancelaria de una creciente economía estadounidense. Aquel sueño contemplaba, con toda claridad, una integración económica de las Américas, desde el Polo Norte hasta la Tierra del Fuego. El sistema Americano es, así, la contraparte de la Puerta Abierta.

Mientras ambos conceptos envuelven dudosas suposiciones socio-políticas, cada uno, también, contiene un fuerte anhelo después del orden.

La actitud de Canadá ante estas dos políticas relatadas ha sido pendulante. Desde 1984 el péndulo (aunque con una buena porción de crujiidos) ha oscilado hacia el sistema Americano de Henry Clay. En aquel año el gobierno neo-conservador de Brian Mulroney ocupó el poder en Ottawa. Como ex Presidente de la compañía americana Iron Ore Company de Canadá, Mulroney pareció reconocer la relación de Canadá con la estructura social transnacional americana mediante los ojos de lo que los latinos podrían llamar un comprador. Para 1989 él había logrado un acuerdo de libre comercio entre Canadá y los Estados Unidos. El A.L.C., en vista de su creciente número de críticos, se ha responsabilizado por el viaje hacia el sur de docenas de plantas sucursales americanas, que impiden el uso canadiense de subsidios y la devaluación de la moneda corriente como medidas para oponerse a la recesión desastrosa, y garantizar el libre acceso americano al petróleo canadiense, gas y otros recursos naturales, también como a toda la industria de servicios.

Para este momento, aunque está en el punto más bajo jamás registrado por la opinión pública, el gobierno de Ottawa está comprometido a puerta cerrada en negociaciones tripartitas para admitir a México, lo que llegaría a ser un Area norteamericana de libre comercio. Quizás, simbólico de la oscilación del péndulo, Ottawa ha anunciado recientemente el retiro del contingente militar OTAN de Canadá desde Europa.

¿Cuáles son, entonces, las conclusiones sumarias y especulaciones?

Primero: La dedicación de Canadá por mantener la paz y con el precepto de que la libertad y la democracia dependientes del orden están aún vigentes.

Segundo: El engranaje de democracia y orden (si democracia vincula justicia social o equidad) está para el momento peligrosamente sesgado a favor del orden —de ninguna manera es éste el caso en su aparente apoyo a las acciones de fuerza de los Estados Unidos en América Central y en el Caribe—.

Tercero: El avalúo pragmático de Canadá de la inevitable influencia de los grandes poderes y la naturaleza del Nuevo Orden Mundial la ha llevado desde la integración militar hasta la integración económica con los Estados Unidos. Esto ha tenido el efecto de disminuir la singularidad de su monarquía constitucional y estrecha relación con Europa por una parte, mientras por otra, reduce apreciablemente su independencia político-económica.

Finalmente: mientras muchos de estos desarrollos están tomando lugar conveniente al norte de Venezuela, quizás no es demasiado caprichoso señalar que el fantasma de Henry Clay aún ronda sobre todas las Américas. Debería estar a salvo de presiones un Area de libre comercio Norteamericana sobre las repúblicas de Centro y Suramérica para completar el bloque hemisférico (manifiestamente pronosticada por los presidentes Reagan y Bush). Bien podría empequeñecer los más próximos esfuerzos similares de semejantes héroes interamericanos como William Walker, la United Fruit Company, la Santo Domingo Improvement Company o aun la del mismo Coronel Roosevelt.